

# *De célebre predicador a famoso traidor: Miguel de Santander, un eclesiástico al servicio de José I\**

Francisco Javier Ramón Solans

Universidad de Zaragoza-Université Paris VIII

*Resumen:* Miguel de Santander es una figura imprescindible para la comprensión de la religiosidad española en la crisis del Antiguo Régimen. Predicador muy respetado, fue ganando peso en el círculo de eclesiásticos cercanos a Godoy hasta ser promovido a obispo auxiliar de Zaragoza. Durante la ocupación francesa, puso sus dotes oratorias al servicio de las nuevas autoridades, legitimando el cambio dinástico y predicando a favor de la paz. En las razones de esta colaboración, podemos rastrear la mentalidad de un eclesiástico reformista que veía al clero como un agente del Estado y a la institución monárquica como una forma de mantener el orden y garantizar el desarrollo de la religión.

*Palabras clave:* afrancesado, José Bonaparte, Guerra de la Independencia, Iglesia católica, ocupación francesa.

*Abstract:* Miguel de Santander represents a key figure in understanding the Spanish religiosity during the crisis of the Old Regime. This well respected preacher gained importance in ecclesiastical circles in favor of Godoy so as he was promoted to the auxiliary bishopric of Zaragoza. During the French occupation, he puts his oratory skills behind the new authorities in order to legitimize the dynastic change

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo de los proyectos de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad «Restauración y monarquía en los orígenes del mundo contemporáneo. España y Europa, 1814-1848» (HAR 2012-32604), dirigido por Pedro Rújula, y «Representaciones de la historia en la España contemporánea: políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)» (HAR 2012-31926), dirigido por Ignacio Peiró.

and to promote peace. Among the reason for his collaboration is the mentality of a reforming ecclesiastic who saw the clergy as a civil servant and the monarchical institution as a way to maintain order and to ensure the development of worship.

*Keywords:* afrancesado, José Bonaparte, Peninsular war, Catholic Church, French occupation.

Tras la capitulación de Zaragoza el 20 de febrero de 1809, el mariscal Lannes comenzó a preparar su entrada triunfal. Dio órdenes para que sus tropas no saquearan la ciudad y se puso en contacto con las principales autoridades, especialmente eclesiásticas, para organizar la ceremonia que debía escenificar su poder. Ante la ausencia del arzobispo Ramón José de Arce, fray Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza, fue reclamado para oficiar un *Te Deum* en la basílica del Pilar. Desde aquel momento, este respetado capuchino pasaría a ser vituperado por sus contemporáneos como un traidor y considerado por los historiadores como un liberal radical o un oportunista<sup>1</sup>.

Sin embargo, su figura escapa a estas definiciones, constituyendo una buena muestra de las precauciones que hay que tener a la hora de aplicar retrospectivamente ciertas consideraciones políticas y nacionales. Tampoco resulta especialmente útil recurrir a la noción de jansenista que, más que aludir a una posición dogmática, en el caso de Miguel de Santander remite al anatema lanzado por los contrarrevolucionarios contra cualquier postura aperturista<sup>2</sup>. Además, en muchos casos, estas definiciones son excesivamente rígidas e intentan atribuir una lógica diacrónica a todas las acciones de un individuo, obviando la importancia de las prácticas y las experiencias en la configuración de su identidad<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Antonio ELORZA: «Cristianismo ilustrado y reforma política en Fray Miguel de Santander», *Cuadernos hispanoamericanos*, 214 (1967), pp. 73-107, p. 75.

<sup>2</sup> Para esta imagen contrarrevolucionaria, véase Catherine MAIRE: «Introduction», en Catherine MAIRE (coord.): *Jansénisme et Révolution*, París, Chroniques de Port-Royal, 1990, pp. 9-13.

<sup>3</sup> Para estas consideraciones críticas, véase Pierre BOURDIEU: «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en Sciences sociales*, 62-63 (1986), pp. 69-72. Para las posibilidades del análisis biográfico, véase François DOSSE: *La apuesta biográfica: escribir una vida*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2007. Tanto como balance bibliográfico como ejemplo de análisis biográfico aplicado al periodo que

Durante mucho tiempo, se identificó colaboración con los franceses e Ilustración como una ecuación que no es del todo exacta<sup>4</sup>. Aunque esta vinculación sea cierta para Miguel de Santander, ésta no fue la principal razón de su compromiso con la causa de José I. Más que por razones ideológicas o de oportunismo político, la decisión de este eclesiástico santanderino descansaba en la idea de orden frente al caos, en el sometimiento de los religiosos a la autoridad monárquica siempre y cuando ésta garantizase el libre ejercicio de la religión. Así, más que un «afrancesado», por su compromiso con la nueva dinastía, el obispo zaragozano fue un josefino<sup>5</sup>.

## De predicador a obispo

Nacido en Santander, el 25 de febrero de 1744, a los veinte años entró en el noviciado capuchino de Alcalá de Henares, haciendo profesión religiosa un año más tarde<sup>6</sup>. Tras un breve paso por Ma-

---

nos ocupa, véase Jean-Philippe LUIS: *L'ivresse de la fortune. A.M. Aguado, un génie des affaires*, París, Payot, 2009.

<sup>4</sup> Carlos RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA: «La Iglesia española y la Guerra de la Independencia. Desmontando algunos tópicos», *Historia contemporánea*, 35 (2007), pp. 743-763, p. 751, y Jean-Philippe LUIS: «El afrancesamiento, una cuestión abierta», *Ayer*, 86 (2012), pp. 89-109, p. 105.

<sup>5</sup> Para la tesis del josefinismo, véase Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos?», *Spagna contemporanea*, 27 (2005), pp. 27-54, p. 45. La obra de referencia sobre la cuestión de los afrancesados sigue siendo la de Miguel ARTOLA: *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976. Sin embargo, muchos de sus presupuestos han sido criticados. El hecho de que Miguel Artola traslade una noción moderna de patriotismo a la realidad de 1808 fue censurado por Lucien DUPUIS: «A propos d'«Afrancesamiento»», *Caravell*, 1 (1963), pp. 141-157, p. 142, o Hans JURETSCHKE: *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia. Su génesis, desarrollo y consecuencias históricas*, Madrid, Rialp, 1962, pp. 118-119. Otras obras han variado el marco cronológico, tratando su exilio así como su papel en la creación de una administración liberal tras la muerte de Fernando VII. Véanse Luis BARBASTRO GIL: *Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1993, o Juan LÓPEZ TABAR: *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Un balance historiográfico en Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «En torno a la definición de «afrancesado»», en Alberto RAMOS SANTANA y Alberto ROMERO FERRER (eds.): *Liberty, Liberté, Libertad. El mundo hispánico en la era de las revoluciones*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2010, pp. 85-99.

<sup>6</sup> Para su biografía, véase Antonio ELORZA: «Cristianismo...»; Joël SAUGNIEUX: *Les jansénistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié*

dríd, marchó al colegio de misioneros de Toro, donde comenzó una intensa actividad misionera que le haría famoso en la España de finales del siglo XVIII con célebres predicaciones como la de El Ferrol de 1785<sup>7</sup>. Pronto alcanzó el puesto de guardián de dicho colegio, secretario provincial, tutor de la provincia de Castilla y visitador de todos los conventos de la orden. Se hizo amigo del también capuchino Diego José de Cádiz, religioso anti-ilustrado, que inició una campaña en Zaragoza contra la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. El autor del célebre libelo contrarrevolucionario *El soldado católico en Guerra de Religión* (1794) consideraba a Miguel de Santander como uno de los mejores predicadores de su tiempo y por ello promovió la publicación de sus primeros escritos, prolongando sus *Doctrinas y sermones para misión* en 1800.

Su fama fue creciendo; el Tribunal de la Inquisición requirió sus servicios como calificador y el arzobispo de Toledo le designó como examinador sinodal, cargos que requerían de buenos conocimientos teológicos y jurídicos. Este último nombramiento fue decisivo, ya que el entonces prelado de Toledo era Luis María de Borbón, primo de Carlos IV y cuñado de Godoy<sup>8</sup>. Gracias a su relación con el primado, Miguel de Santander pudo conocer al arzobispo de Zaragoza, Ramón José de Arce, que también pertenecía al círculo de amistades de Godoy<sup>9</sup>. Fue precisamente este prelado quien, desbordado por sus labores en la Corte, recomendó a Carlos IV que le nombrara obispo auxiliar de Zaragoza<sup>10</sup>.

---

*du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1976, pp. 303-334, y Nicole ROCHAIX: «L'Église d'Espagne et la France: le cas de Miguel de Santander», en Joël SAUGNIEUX: *Foi et lumières dans l'Espagne du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1985, pp. 37-79.

<sup>7</sup> Para el impacto de las misiones populares en la España del siglo XVIII, véase Francisco Luis RICO CALLADO: *Misiones populares en España entre el Barroco y la Ilustración*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2006.

<sup>8</sup> Carlos RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA: *Dos Borbones, Cardenales primados en Toledo*, Cuena, Universidad de Castilla la Mancha, 2001, pp. 42-48, y Claude MORANGE: *Paleobiografía (1779-1819) del «Pobrecito Holgazán» Sebastián de Miñano y Bedoya*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 67-68.

<sup>9</sup> Tanto para la biografía de Arce como para su relación con Miguel de Santander, véase José María CALVO FERNÁNDEZ: *Ramón José de Arce: Inquisidor General, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados*, Zaragoza, Fundación 2008, 2008, pp. 220-221.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 214-220 y 285.

A sus cincuenta y nueve años, este predicador capuchino alcanzaba la cima de su notoriedad, estaba muy bien considerado por los eclesiásticos de su tiempo y relacionado con personajes claves en la Corte de Carlos IV<sup>11</sup>. Hasta su toma de posición a favor de los franceses en 1809 concentraba en su persona los dos modelos eclesiásticos más respetados de la España del siglo XVIII: el obispo caritativo y el fraile misionero<sup>12</sup>. En 1804 su fama llegaba hasta Roma, donde aparecía en una compilación de capuchinos célebres que habían alcanzado alguna dignidad eclesiástica y en la que se destacaban sus virtudes oratorias<sup>13</sup>.

El propio Godoy recordaría en sus memorias cómo, durante el reinado de Carlos IV, se apostó por la «reforma de nuestro púlpito [...] reservando los favores del Gobierno y las mejores plazas eclesiásticas a los que trabajaban en esta gran mejora de nuestra cátedra sagrada»<sup>14</sup>. Entre aquellos que se vieron beneficiados por estas políticas de promoción de oradores sagrados, Godoy mencionaba al padre Santander. Su prestigio como predicador y hombre culto fue tal que incluso sus detractores reconocían su virtud en esta materia. Mucho tiempo después, en su *Historia de los Heterodoxos españoles* (1880), Menéndez Pelayo reconocía cómo, a pesar de su afrancesamiento, Miguel de Santander superaba a Diego José de Cádiz «como escritor, porque era hombre más culto y literato»<sup>15</sup>.

Su obra entroncaba con una línea de renovación de la predicación frente a aquellos que, intentando resultar sencillos, habían caído en la vulgaridad y, sobre todo, frente a los excesos cultistas de una oratoria barroca que recargaban el discurso hasta convertirlo en una simple demostración de conocimientos<sup>16</sup>. Aunque estas

---

<sup>11</sup> Una edad muy cercana a la media del episcopado español, que era de cincuenta y cinco años. José Manuel CUENCA TORIBIO: «Sociología del episcopado español en la crisis del Antiguo Régimen», *Hispania*, 134 (1976), pp. 567-622.

<sup>12</sup> Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ: *La sociedad española en el siglo XVIII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1955, p. 154.

<sup>13</sup> *Ritratti degli uomini illustri dell'Istituto de Minori Cappuccini promossi, o destinati a dignità ecclesiastiche*, Roma, Stamperia Salomoni, 1804, pp. 127-131.

<sup>14</sup> Manuel GODOY: *Memorias del Príncipe de la Paz*, vol. I, Madrid, Atlas, 1956, pp. 221-222.

<sup>15</sup> Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, t. III, Madrid, La Editorial Católica, 1978, p. 282.

<sup>16</sup> Un análisis de este tipo de oratoria recargada en José JURADO: «El *Fray Gerundio* y la oratoria sagrada barroca», *Edad de Oro*, 8 (1989), pp. 97-106. Un

críticas eran previas, fue en el siglo XVIII cuando tomaron carta de naturaleza con la aparición del *Orador Cristiano* (1733) de Gregorio Mayans; y la publicación de la novela satírica *Fray Gerundio* (1758) del padre Isla<sup>17</sup>. Inspirado por la instrucción del cardenal Lorenzana de 1778, Miguel de Santander censuraba también este tipo de predicación aparatosa, proponiendo recuperar los viejos principios de la oratoria ciceroniana, *probare, conciliare, movere*:

«No han olvidado los oyentes todavía el crujir de las cadenas, los faroles para buscar las almas perdidas, los hachones encendidos para hacer como que se quemaban los brazos, y otros inventos semejantes que manifestaban bien a las claras la pobreza de nuestros talentos, la miseria de nuestros sermones, la ignorancia de nuestros oyentes, su estupidez y rudeza, y que no solo no habíamos estudiado el arte de persuadir al entendimiento, ni mover el corazón, pero ni aun siquiera formábamos un razonamiento seguido sobre el asunto propuesto»<sup>18</sup>.

Este modelo de renovación y simplificación de la predicación se hallaba ya presente en Trento, con el principio *cum brevitare et facilitate sermonis*, y se había ido deformando con el tiempo<sup>19</sup>. Así, la estructura del sermón era esencialmente la misma y el cambio sustancial se producía en el marco del lenguaje, en los recursos y motivos empleados<sup>20</sup>. Como señalaba Miguel de Santander, «el Evangelio siempre ha sido el mismo: el modo de anunciarle ha sido, por desgracia nuestra, demasiado diferente»<sup>21</sup>. Para reformarlo, se proponía una vuelta a la Biblia, a los clásicos españoles del siglo XVI

---

análisis general de la oratoria sagrada en el siglo XVIII en Antonio MESTRE: *Ilustración y reforma de la Iglesia: pensamiento político-religioso de Don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Valencia, Artes Gráficas Soler, 1968; Félix HERRERO SALGADO: *Aportación bibliográfica a la oratoria sagrada española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1971, p. 22; Joël SAUGNIEUX: *Les jansénistes...*, y Vicente LEÓN NAVARRO: *Luis de Granada y la tradición erasmista en Valencia. El siglo XVIII*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1986.

<sup>17</sup> José JURADO: «El *Fray Gerundio*...», p. 103.

<sup>18</sup> Miguel SANTANDER: *Doctrinas y sermones para misión*, 3.<sup>a</sup> ed., t. I, Madrid, Imprenta de don Josef Collado, 1808, p. XXVII.

<sup>19</sup> Bernard PLONGERON: *La vie quotidienne du clergé français au XVIII<sup>e</sup>*, París, Hachette, 1974, pp. 230-231.

<sup>20</sup> José JURADO: «El *Fray*...», pp. 97-98.

<sup>21</sup> Miguel SANTANDER: *Doctrinas y sermones para misión...*, p. XXVI.

como Luis de Granada y a los textos de los doctores de la Iglesia<sup>22</sup>. El obispo auxiliar proponía recuperar el legado de «nuestros Granadas, Lanuzas, Barcias, Diezes, Avilas, Villanuevas, Idelfonsos, Braulios, Isidoros»<sup>23</sup>.

Su estancia en el convento de Toro fue decisiva para su formación en oratoria sagrada. Tan sólo nueve años antes de su llegada, en 1774, fray Pablo de Colindres, experimentado misionero en Orán, había establecido un innovador seminario de misiones<sup>24</sup>. Allí se formaron o predicaron grandes referentes de la oratoria sagrada como el ya mencionado autor contrarrevolucionario Diego José de Cádiz; su compañero misionero en Andalucía y futuro obispo de Ceuta, Domingo de Benaocaz<sup>25</sup>; o Francisco Villalpando, censor ilustrado de la *Enciclopedia* y autor de un célebre manual de filosofía que le ocasionó un proceso inquisitorial<sup>26</sup>. La voluntad de renovar la predicación no predisponía necesariamente a adoptar una determinada opción política.

Durante la guerra de la Convención, Miguel de Santander se mantuvo en la más estricta ortodoxia, invitando al combate «por la religión, por la patria y por el rey»<sup>27</sup>. La llegada de un grupo de capuchinos huidos de Francia le permitió conocer de primera mano la experiencia del clero refractario durante la Revolución, reafirmandole en su condena a la misma<sup>28</sup>. Así, siguiendo la línea

---

<sup>22</sup> Joël SAUGNIEUX: *Les jansénistes...*, p. 308; Antonio MESTRE: «La actitud religiosa y los católicos ilustrados», en Agustín GUIMERA (ed.): *El reformismo borbónico*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 147-164, y Emilio LA PARRA: *El primer liberalismo y la Iglesia. Las Cortes de Cádiz*, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 1985. Para la recuperación de los humanistas españoles del siglo XVI, véase Vicente LEÓN NAVARRO: *Luis de Granada...* Esta recuperación de la Biblia debe situarse en el contexto de su tardía traducción al castellano en 1790. Véase Tomás EGIDO: *Carlos IV*, Madrid, Arzanza, 2001, pp. 239-245.

<sup>23</sup> Miguel SANTANDER: *Doctrinas y sermones...*, p. XXVII.

<sup>24</sup> Gregorio SÁNCHEZ DONCEL: *Presencia de España en Orán (1509-1792)*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1991, pp. 579-581, y *Ritratti...*, pp. 35-36.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 117-118.

<sup>26</sup> Pedro RUIZ TORRES: *Historia de España*, vol. 5, *Reformismo e Ilustración*, Madrid, Crítica-Marcial Pons, 2008, pp. 466-467.

<sup>27</sup> Miguel SANTANDER: *Sermones panegíricos de varios misterios, festividades y santos*, t. II, Madrid, Benito Cano, 1803, p. 396.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 402-403.

más clásica de interpretación contrarrevolucionaria, señalaba cómo «nuestros pecados son la causa de estas desgracias y de que tengamos a Dios por enemigo»<sup>29</sup>. Dentro de este mismo relato, la Revolución no buscaría sino «arrojar del trono a nuestros soberanos, trastornar nuestro gobierno y abolir nuestro culto»<sup>30</sup>.

El principal argumento que se utiliza para defender su carácter liberal es la *Carta de un religioso español amante de su patria, escrita a otro religioso, amigo suyo, sobre la constitución del reino y abuso del poder*. Antonio Elorza atribuye esta epístola, escrita en Toro el 24 de marzo de 1798 y firmada con las iniciales fr. M. S., a Miguel de Santander, por el lugar donde se realizó y por una anotación que hay en uno de los dos ejemplares de la Biblioteca Nacional que señala su autoría<sup>31</sup>. Sin embargo, su atribución a Miguel de Santander genera problemas por las fechas en que se enmarca. En 1798 el papa Pío VI estaba recluido por los franceses en Valence-sur-Rhône y las relaciones entre la Iglesia católica y Francia todavía no se habían normalizado con la firma del Concordato, continuando el cisma de la Constitución Civil del Clero y las limitaciones al culto.

La carta es una respuesta a las preguntas realizadas por otro religioso, que sería Diego José de Cádiz. En ella, confiesa cómo, tras participar de la condena general a la Revolución, decidió hacerse con algunos ejemplares «para no incurrir en la necedad injusta de los que condenan un libro sin haberlo leído»<sup>32</sup>. Fue entonces cuando descubrió las verdades revolucionarias, difundiéndolas entre otros predicadores que también quedaron convencidos de sus principios. La estructura de esta primera parte de la carta con conversiones progresivas a las verdades revolucionarias resulta poco creíble y parece más bien una artimaña publicitaria para demostrar la injusticia de la condena a la Revolución, lo que encajaría perfectamente en las dos coyunturas revolucionarias (1808 y 1820) en las que fue publicada.

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 413.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 411-412.

<sup>31</sup> Antonio ELORZA: «Cristianismo...», pp. 73-75. Anteriormente este texto había sido atribuido a Miguel de Santander por Cesáreo FERNÁNDEZ DURO: *Colección bibliográfico-bibliográfica de noticias referentes a la provincia de Zamora o materiales para su historia*, Madrid, Imprenta y Fundación de Manuel Tello, 1891, p. 306.

<sup>32</sup> *Carta de un religioso español, amante de su patria, a otro religioso amigo suyo sobre la constitución del reino y abuso del poder*, s.l., s.e., c. 1820, p. 4.

La segunda parte consiste en un repaso de la historia de España en clave liberal, muy en el tono del discurso preliminar de Argüelles a la carta magna de 1812. En el marco de este constitucionalismo histórico se destaca la división de poderes en las asambleas de Castilla y Aragón, así como el papel del justicia como garante de la legalidad aragonesa<sup>33</sup>. No obstante, sorprende que un religioso no recurra ni a referentes bíblicos ni tampoco al ejemplo de los concilios de la Iglesia primitiva como habían hecho otros eclesiásticos reformistas o liberales<sup>34</sup>. Asimismo, las referencias constantes al peligro que supondría que alguien encontrara esta carta y la invitación a que la rompa después de leerla parecen más bien un recurso retórico del escritor para llamar la atención<sup>35</sup>. Las dudas que ofrece la atribución del texto a Miguel de Santander son lo suficientemente sólidas como para no construir un argumento sobre él, máxime si no tenemos otro texto suyo que nos ofrezca una visión similar.

Frente a esta carta, Miguel de Santander, como muchos coetáneos, creían que la anarquía revolucionaria había terminado con la llegada de Napoleón, ya que con él se había restaurado el orden perdido en Francia, normalizando las relaciones con el Vaticano a través del concordato de 1801 y permitiendo sin restricciones la celebración de ceremonias católicas. Fruto de estos cambios, en la reedición de sus *Sermones Panegíricos* (1803), Miguel de Santander añadía a la exhortación que hizo a sus paisanos para combatir a Francia una nota en la que justificaba el tono empleado diciendo que cuando lo escribió «aún no había conseguido la Francia suficiente autoridad para contener los desórdenes que trae consigo una revolución»<sup>36</sup>. Unos años después, poco antes de la ceremonia de coronación de Napoleón, el obispo se congratulaba de la vuelta al orden:

«ahora vemos que aquella misma nación, que insultó la persona de un Papa venerable, recibe con respeto, con magnificencia y como en triunfo a su sucesor. Aquella misma, que cerró los templos en los días de su tur-

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>34</sup> Para Francia, véase Dale VAN KLEY: *Les origines religieuses de la Révolution française, 1560-1791*, París, Seuil, 2002, pp. 457-464.

<sup>35</sup> *Carta de un religioso...*, pp. 6 y 14-15.

<sup>36</sup> Miguel SANTANDER: *Sermones panegíricos...*, p. 395.

bación, ahora los abre para dar culto al Eterno: aquella que miró el desorden en el Estado en los días de su impiedad, ahora puesta en orden por el grande espíritu de un hombre memorable»<sup>37</sup>.

## La Guerra de la Independencia. La ocupación francesa de Zaragoza

Hasta 1808 hemos visto la exitosa carrera de un eclesiástico, muy bien relacionado en la Corte, con un gran prestigio como predicador y cuya doctrina se había mantenido en la más estricta ortodoxia. Nada en su trayectoria personal hacía suponer una especial simpatía por la causa liberal o afrancesada, ni tampoco lo contrario, una especial aversión por las mismas. En este caso, al igual que en el de muchos otros, fue la experiencia de la guerra la que condicionó sus propias decisiones y compromisos.

El comienzo del primer sitio a Zaragoza en junio de 1808 sorprendió a Miguel de Santander realizando su segunda visita pastoral de la diócesis. Resulta complicado señalar las razones por las que no regresó a la capital aragonesa ni aun cuando se levantó el primer asedio. En cierto sentido, su decisión no carecía de lógica, ya que se había visto beneficiado por las políticas del Príncipe de la Paz y el levantamiento zaragozano contra los franceses tuvo un carácter de golpe de fuerza de los fernandinos contra los godóistas<sup>38</sup>.

Algunos lo han descalificado como un oportunista que esperaba a ver de qué bando iba a decantarse la contienda<sup>39</sup>. Sin embargo, como señalara posteriormente Miguel de Santander, en Daroca recibió una carta del arzobispo que le ordenaba suspender su visita pastoral, le exoneraba del cargo de gobernador eclesiástico y le pedía que no volviera a la capital, permaneciendo en lugar seguro. Así, tras pasar por varias localidades del Bajo Aragón, se refugió en

---

<sup>37</sup> Miguel SANTANDER: *Doctrinas y sermones para misión*, t. VI, Madrid, Imprenta de Collado, 1813, p. 333.

<sup>38</sup> Pedro RÚJULA: «Los años de los sitios», estudio introductorio a Faustino CASAMAYOR: *Años Políticos e Históricos de las cosas más particulares ocurridas en la Imperial, Augusta, y Siempre Heroica Ciudad de Zaragoza, 1808-1809*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Comuniter, 2008, pp. IX-LVIII, p. XX.

<sup>39</sup> Antonio ELORZA: «Cristianismo...», pp. 77-78.

Valdealgorfa, en casa del párroco Ramón Segura, amigo suyo y futuro deán del cabildo zaragozano<sup>40</sup>.

Un mes antes de la capitulación de Zaragoza, en enero 1809, Valdealgorfa caería bajo control francés. Miguel de Santander sería reclamado por el mariscal Lannes para que regresara a la capital aragonesa a officiar el *Te Deum* por la victoria y el juramento de fidelidad de las autoridades locales. Muy probablemente el obispo auxiliar se encontraba en la lista de eclesiásticos y otras personas influyentes en Aragón que Ramón José del Arce había remitido al embajador francés La Forest<sup>41</sup>.

La ceremonia fue todo un éxito. El obispo predicó para que, terminada la guerra, cada uno regresara a sus funciones, apartándose «de las turbulencias civiles y políticas» y no mezclándose «jamás en los negocios de Estado sino para predicar la paz, el orden, la sumisión a las autoridades y la caridad universal»<sup>42</sup>. Lannes quedó especialmente satisfecho y envió un informe muy positivo de este «digno y respetable hombre admirador de su majestad el emperador»<sup>43</sup>. Además, le adjuntaba el sermón que había pronunciado Miguel de Santander, que sería posteriormente publicado en la *Gaceta de Madrid* y el *Moniteur Universel*<sup>44</sup>. Unos días después, en una carta al príncipe Berthier, Lannes volvería a elogiar al obispo como «hombre que ha contribuido mucho a la tranquilidad de la zona. Sería bueno que su majestad le hiciera obispo o incluso arzobispo de Zaragoza: es extremadamente considerado»<sup>45</sup>.

<sup>40</sup> Miguel SANTANDER: *Apuntaciones para la apología formal...*, p. 76, e íd.: *Carta del Dr. D. Ramón Segura a los señores curas del arzobispado de Zaragoza*, Bañeres, Imprenta de J.-M. Dossun, 1819, p. 15.

<sup>41</sup> Carta de La Forest a Champagny, ministro de Asuntos Exteriores, 1 de junio de 1808, Archives des Affaires Étrangères, Correspondance politique, Espagne, vol. 675.

<sup>42</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones a la virtud que...*, hacia los fieles desde el día de la capitulación de la ciudad, firmada en 20 de Febrero de 1809, Huesca, Herederos Mariano Larumbe, s.a., pp. 11-12 y 15.

<sup>43</sup> Service Historique de la Défense, Département de l'Armée de Terre, Château de Vincennes, Empire, Armée d'Espagne, 1808-1812, C8, 22.

<sup>44</sup> *Gaceta de Madrid*, 30 de marzo de 1809, y Jean René AYMES: *La Guerra de la Independencia (1808-1814): calas y ensayos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, p. 140.

<sup>45</sup> Carta citada incluida en el anexo de Jacques BELMAS: *Zaragoza 1808 y 1809: los sitios vistos por un francés (estudio, prólogo y notas de Herminio Lafoz)*, Zaragoza, Comuniter, 2003, p. 212.

En una ciudad exhausta por la guerra, la respetada figura de Miguel de Santander contribuyó a la pacificación y al restablecimiento del culto. A su vez, las nuevas autoridades, conscientes de la importancia de su labor, fueron confiándole nuevas responsabilidades y privilegios. Ante la ausencia del titular de la diócesis, los franceses potenciaron su figura como primera autoridad eclesiástica en Zaragoza. Algunas de estas concesiones generaron tensiones con el Cabildo de Zaragoza, ya que el estado de interinato en el que se encontraba la diócesis por ausencia de su titular le daba más poder, quedando el obispo auxiliar tan sólo con las prerrogativas concedidas por el arzobispo<sup>46</sup>.

El enfrentamiento más duro vino con la atribución a Miguel de Santander de toda la jurisdicción eclesiástica, dejando sin ninguna competencia al provisor y al vicario general<sup>47</sup>. Enfurecido por esta decisión, el Cabildo se presentó ante Louis Gabriel Suchet, nuevo gobernador general de Aragón, señalando la importancia de que «los prelados se contengan dentro de los límites de su jurisdicción»<sup>48</sup>. El Cabildo acabó accediendo y Suchet, siguiendo la política del palo y la zanahoria, le concedió la celebración de las misas dominicales en el Pilar, una ceremonia de gran prestigio ya que reunía semanalmente a las autoridades de la ciudad<sup>49</sup>.

---

<sup>46</sup> Para las atribuciones del obispo auxiliar, véase *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972, pp. 299-300. Para las tensiones de Miguel de Santander con el Cabildo, véase Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «La gestión del tiempo como forma de resistencia del cabildo zaragozano. La reforma josefina de las dignidades, canónjías, raciones y beneficios», en Alberto RAMOS SANTANA y Alberto ROMERO FERRER (eds): *1808-1812: los emblemas de la libertad*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2009, pp. 459-470.

<sup>47</sup> Véase «Cabildo extraordinario de 7 de agosto de 1809», Archivo Capitular de Zaragoza, Libro de resoluciones del Ilmo. Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 1809, fol. 174.

<sup>48</sup> Véase «Representación hecha por el ilustrísimo Cabildo al excelentísimo señor Gobernador y Capitán general sobre haberle privado del derecho del juez capitular y adjuntos», Archivo Capitular de Zaragoza, Libro 7.º de Cartas escritas por el Ilmo. Cabildo de Zaragoza que empieza en el año 1806.

<sup>49</sup> Véase «Cabildo extraordinario de 26 de agosto de 1809» y «Cabildo extraordinario de 29 de agosto de 1809», Archivo Capitular de Zaragoza, Libro de resoluciones del Ilmo. Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 1809, fols. 204 y 206. Para las celebraciones religiosas durante este período, véase Francisco Javier MAESTROJUAN CATALAN: *Ciudad de vasallos, Nación de héroes. Zaragoza:*

Aunque han sido frecuentemente analizados en clave de resistencia nacional frente al invasor<sup>50</sup>, estos conflictos son más bien de naturaleza jurisdiccional. Si el capítulo metropolitano se opuso a estas medidas fue porque vio en ellas una amenaza a sus atribuciones. De hecho, ni el nombramiento de Miguel de Santander como obispo de Huesca, el 15 de enero de 1810, ni como arzobispo de Sevilla, el 13 de junio de 1810, generaron ningún tipo de controversia en el Cabildo zaragozano, que pasó a felicitarle inmediatamente. Sin embargo, su nombramiento como obispo de Huesca fue visto por el capítulo oscense como una agresión, intentando restringir las funciones que desempeñaría en la capital altoaragonesa<sup>51</sup>. Miguel de Santander aceptó estas limitaciones, consciente de los problemas de legitimidad de los obispos nombrados durante este periodo, ya que, estando Pío VII encarcelado, no podían recibir la sanción papal.

Muchas de las tensiones con el Cabildo zaragozano se resolverían durante la crisis producida por la aparición del cartel «mierda para Francia» en la torre de la Seo, el 2 de junio de 1810, tan sólo unos días antes de que empezaran las celebraciones por la toma de Lérida y Mequinenza. Los franceses detuvieron, entre otros, a cinco canónigos y dos arcedianos. El Cabildo, atemorizado, decidió acudir al amparo de Miguel de Santander y manifestar su fidelidad a Suchet. Como consecuencia de lo ocurrido, el comisario general de policía adjudicó al obispo auxiliar el control absoluto de la predicación en la ciudad<sup>52</sup>.

---

1809-1814, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008, pp. 117-218, y Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «La sacralización de un nuevo poder. Relaciones entre Iglesia y ejército en Zaragoza desde la capitulación hasta las celebraciones por la toma de Lérida y Mequinenza», en *La guerra de la Independencia española: una visión militar. Actas del VI Congreso de Historia Militar, Zaragoza, del 31 de marzo al 4 de abril de 2008*, vol. II, *Comunicaciones*, Madrid, Ministerio de la Defensa, 2009, pp. 207-215.

<sup>50</sup> Véanse Anselmo GASCÓN DE GOTOR: «El Cabildo de Zaragoza durante los sitios», en *Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 3, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1964, pp. 189-208, y Francisco AZANAR Y NAVARRO: *El Cabildo de Zaragoza en 1808 y 1809*, Zaragoza, Revista Aragonesa, 1908.

<sup>51</sup> Véase la correspondencia de enero de 1810, todavía sin clasificar en el Archivo del Cabildo de Huesca, Cartas del Sr. Santander y papeles concernientes al gobierno eclesiástico de esta diócesis.

<sup>52</sup> Además, el Cabildo tuvo que publicar las vacantes existentes y dar al go-

Todo ello no vino sino a ratificar la confianza depositada por las autoridades francesas en el obispo auxiliar y a consolidar su hegemonía en la Iglesia zaragozana. Esta autoridad le sirvió para intentar lograr la vuelta a la tan deseada normalidad religiosa tras la guerra, así como para introducir algunas reformas muy influenciadas por la mentalidad utilitarista y la visión del clero como un agente del Estado propia del *setecento*<sup>53</sup>. Un buen ejemplo de esta voluntad de reforma sería su proyecto para restablecer el Seminario de San Carlos destruido durante los Sitios y la «reducción de parroquias de esta ciudad, unión de beneficios y destino de los empleados para utilidad de la Iglesia y del Estado»<sup>54</sup>. Por sus frecuentes críticas a la ociosidad, su preocupación por la felicidad pública y su voluntad de reforma, con tintes conciliaristas, del estado eclesiástico podríamos calificar a Miguel de Santander como un ilustrado<sup>55</sup>.

El obispo auxiliar participó activamente en la restauración del culto, desempeñó funciones de control y reforma del clero zaragozano, así como de mediación entre las autoridades francesas y los eclesiásticos. Por encima de estas labores, durante la ocupación, Miguel de Santander destacó como predicador al poner al servicio de la causa josefina la gran capacidad legitimadora del catolicismo y el particular universo sagrado zaragozano. En realidad, esta sacralización de la ocupación francesa a través del púlpito formaría parte de un proyecto más ambicioso de instalación de José I en el trono de España, que, siguiendo el modelo desarrollado previa-

---

bierno las rentas de los puestos todavía no provistos. Véase «Cabildo extraordinario celebrado en la noche del 2 de junio de 1810» y «Cabildo Ordinario de 5 de junio de 1810», Archivo Capitular de Zaragoza, Libro de resoluciones del Ilmo. Cabildo Metropolitano de Zaragoza, 1810, fols. 100 y 101-102. Una descripción de lo ocurrido en Faustino CASAMAYOR: *Años Políticos e Históricos...*, pp. 58-59 y 66-68.

<sup>53</sup> Ambos proyectos contaron con el decidido apoyo de unas autoridades francesas que desde un principio consideraron el control de los eclesiásticos y la reforma de la religión como un medio para apaciguar la resistencia. Véase la memoria que D'Hurisson envía al embajador francés el 2 de junio de 1808 donde la cuestión religiosa ocupa un lugar central, «Aperçu de moyens de corriger les principaux abus en Espagne et d'y concilier les opinions», Archive des Affaires Étrangères, Mémoires et documents, Espagne, caja 152, exp. 4.

<sup>54</sup> Citado en Nicole ROCHAIX: «L'Église...», p. 62.

<sup>55</sup> Nicole ROCHAIX: «L'Église...», pp. 38-42. Para su voluntad de reformar la Iglesia a través de un concilio nacional, véase Miguel SANTANDER: *Apuntaciones para la apología formal de la conducta religiosa y política del...*, s.l., s.e., 1817, p. 205.

mente por Napoleón, intentaba poner el potente aparato ritual católico al servicio de su causa<sup>56</sup>.

En su primer sermón tras la capitulación, Miguel de Santander exaltaba la paz, invitando al restablecimiento del orden y al sometimiento a las nuevas autoridades. Además, Miguel de Santander señaló que la capitulación de Zaragoza se debía a dios, a la virgen del Pilar y a Napoleón, «a quien parece que la Divina Providencia ha suscitado en nuestros días para elevar y abatir los tronos, vencer toda suerte de enemigos y llevar en triunfo sus estandartes desde del Tajo al Vístula, y desde el Sena al Danubio»<sup>57</sup>. El recurso a la providencia resulta una constante en el clero josefino. Así, el texto de Miguel de Santander recuerda a las palabras del confesor de Carlos IV y arzobispo de Palma, Félix Amat: «Dios es quién ha dado al gran Napoleón el singular talento y fuerza que le constituyen el árbitro de la Europa. Dios es quién ha puesto en sus manos los destinos de la España»<sup>58</sup>.

Apenas un mes después de su primer sermón, la festividad de San José, onomástica del rey, constituyó una ocasión ideal para sa-

---

<sup>56</sup> Para la utilización de estos recursos por Napoleón, véase Jacques-Olivier BOUDON: «Les fondements religieux du pouvoir impérial», en Natalie PETITEAU (ed.): *Voies nouvelles pour l'histoire du Premier Empire. Territoires. Pouvoirs. Identités. Colloque d'Avignon 9-10 mai 2000*, París, La Boutique de l'histoire, 2003, pp. 195-212. Para el proyecto de monarquía católica, véase Juan MERCADER RIBA: *José Bonaparte rey de España 1808-1813. Estructura del estado español bonapartista*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, pp. 453-455. Para la importancia del púlpito como elemento de propaganda de la España josefina, véanse Juan LÓPEZ TABAR: *Los famosos traidores...*, pp. 42-46, y Leandro HIGUERUELA DEL PINO: «Mentalidad del clero afrancesado y colaboracionista», en Gérard DUFOUR *et al.*: *El Clero afrancesado*, Provence, Presses Universitaires de Provence, 1986, pp. 55-128, pp. 77-85.

<sup>57</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones a la virtud que..., hacia los fieles desde el día de la capitulación de la ciudad, firmada en 20 de Febrero de 1809*, Huesca, Herederos Mariano Larumbe, s.a., pp. 11-12 y 15.

<sup>58</sup> *Gaceta de Madrid*, 17 de junio de 1808. Para la legitimación en clave providencial, véase Leandro HIGUERUELA DEL PINO: «Mentalidad del clero...», pp. 77-78. Para la figura de Félix Amat, véase Leandro HIGUERUELA DEL PINO: «D. Félix Amat y el problema de su afrancesamiento», en Gerard DUFOUR *et al.*: *Tres figuras del clero afrancesado (D. Félix Amat-D. Vicente Román Gómez y D. Ramón José de Arce)*, Provence, Université de Provence, 1987, pp. 13-55. Similares recursos utilizaría el canónigo absolutista Fita para legitimar la toma de Valencia por los franceses. Véase Analet PONS y Justo SERNA: «El colaboracionismo valenciano en la Guerra del Francés. El canónigo Pascual Fita», en *Les Espagnols et Napoléon*, Provence, Université de Provence, 1984, pp. 439-453, p. 443.

cralizar a la nueva dinastía. El obispo auxiliar recordó que había que honrar siempre al monarca, máxime si «tiene el mismo Dios que nosotros, la misma fe divina que nosotros y el mismo bautismo que nosotros»<sup>59</sup>. La figura de José I como rey católico fue clave para la primera legitimación de la ocupación francesa, así como para la consolidación del apoyo de algunos eclesiásticos como el obispo auxiliar. Así, a través de esta misma filiación católica, Miguel de Santander intentaba eliminar la justificación religiosa de la resistencia a las autoridades francesas, exaltando la unión en la basílica del Pilar de las «dos naciones española y francesa»<sup>60</sup>. Esta exaltación de la unidad alcanzaría su particular clímax en las fiestas patronales al destacar cómo ambas naciones concurrían a adorar a la virgen<sup>61</sup>.

La atribución de un carácter divino a las victorias de José I unida a la superioridad militar de las tropas francesas fueron utilizadas para desalentar a la población. Así, por ejemplo, en el sermón por la victoria en Ocaña a finales 1809, Miguel de Santander, tras hacer un exhaustivo repaso a las victorias francesas, les decía a los zaragozanos: «Os he hablado del armisticio de Alemania, pensabais no era cierto: os he hablado de la paz, no la habéis creído algunos: os he presentado sus artículos firmados, ratificados, impresos y divulgados por toda la Europa, y nada es bastante para despertaros del sueño de vuestros caprichos»<sup>62</sup>.

A través de estas ceremonias religiosas o del desfile de prisioneros por Zaragoza se escenificaría el incuestionable dominio militar francés<sup>63</sup>. Para compensar esta brutal imagen, el obispo auxiliar recordaría a la población que no sólo nadie «impide a alguno el que sea buen cristiano y buen ciudadano», sino que además, hay un «comercio floreciente», un «mejoramiento en la población y salud universal»<sup>64</sup>.

---

<sup>59</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, p. 19.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 45. Para el intento de desarticular la legitimación religiosa de la resistencia, véase Leandro HIGUERUELA DEL PINO: «Mentalidad del clero...», pp. 84-85.

<sup>61</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, pp. 80-82. Para la utilización del Pilar, véase Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «La vierge se soumet à Napoléon. Le culte marial et l'occupation napoléonienne de Saragosse», *Revue de l'Institut Napoléon*, 197 (2008), pp. 7-20.

<sup>62</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, p. 90.

<sup>63</sup> Francisco Javier MAESTROJUÁN CATALÁN: *Ciudad...*, pp. 104-113.

<sup>64</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, pp. 90-91.

Ambos discursos, el del dominio y la restauración, estaban destinados a minar la resistencia antifrancesa, las guerrillas y aquellos conatos de resistencia intramuros<sup>65</sup>. Con este objetivo, Miguel de Santander comparaba constantemente el aspecto de la ciudad al capitular y el que tenía en el presente, para destacar la restauración del orden y criticar a aquellos que «prefieren los horrores de la guerra a las dulzuras y ventajas de la paz»<sup>66</sup>. En este juego de espejos, Miguel de Santander no dudaba en elogiar «el ejemplar más noble de valor en la defensa de este pueblo» durante los Sitios para contraponerlo con el papel que ahora les tocaba representar, el «modelo más heroico de fidelidad en la observancia de vuestros sagrados empeños»<sup>67</sup>.

La exaltación de la resistencia durante los Sitios era un terreno resbaladizo, ya que podía tener efectos contraproducentes, como se comprobó en la polémica suscitada por la manera en la que se informó de la capitulación de Zaragoza. Los franceses esperaban que la caída de la capital aragonesa acabase «por llevar el terror en el resto de las provincias insurgentes»<sup>68</sup>. El tono laudatorio con el que la *Gaceta de Madrid* describió a los defensores hizo sospechar a los españoles de la veracidad de la capitulación y desagradó a los soldados por los elogios «a aquellos que han hecho derramar tanta sangre francesa»<sup>69</sup>. De hecho, la polémica llegó a oídos del emperador, que reprochó a su hermano José el enfoque de una noticia en la que se hace «elogio de los bandoleros», envalentonando a Valencia y Sevilla<sup>70</sup>.

---

<sup>65</sup> Esta resistencia interna, compuesta por vendedores y contrabandistas, estaría en relación con las guerrillas en el exterior. En un informe anónimo en los papeles de Suchet se hace referencia a unas veinticinco personas que, apoyadas por el clero y ciudadanos, se reúnen en nueve enclaves de Zaragoza. Archives Nationales de Paris (ANP), Fonds Privés, Suchet, 384/AP/147.

<sup>66</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, pp. 97.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>68</sup> Carta de La Forest al Ministro de Asuntos Exteriores, 28 de enero de 1809, Archive des Affaires Étrangères, Correspondance politique, Espagne, vol. 678, p. 95.

<sup>69</sup> Carta de La Forest al Ministro de Asunto Exteriores, 27 de febrero de 1809, Archive des Affaires Étrangères, Correspondance politique, Espagne, vol. 678, p. 211.

<sup>70</sup> Carta de Napoleón a José I, 11 de marzo de 1809, ANP, Fonds Privés, Napoleón, 400/AP/12.

La propia experiencia de la guerra iría modificando la percepción de la ocupación francesa<sup>71</sup>. Así, la fascinación de Miguel de Santander por Napoleón, así como por el gobernador general Suchet, iría progresivamente desplazando a la figura de José I. En el *Te Deum* por la victoria del emperador en Ratisbona, le llegaba a comparar con Alejandro, César o Trajano, para concluir que «aunque en todos ellos se haya visto esta elección y providencia del Señor, en ninguno se ha manifestado tan visiblemente como en el hombre ilustre cuyas victorias nos han congregado en este magnífico templo»<sup>72</sup>. Cautivado por el mito de Napoleón, Miguel de Santander destacaba el carácter providencial de sus gestas en los sermones por su santo, el día 15 de agosto; por su matrimonio con María Luisa de Austria, y por el bautizo de su hijo, el rey de Roma<sup>73</sup>.

Al igual que había ocurrido con la leyenda áurea del emperador, Miguel de Santander también quedaría prendado por el hábil *maître* de la opinión pública, Suchet<sup>74</sup>. En su discurso para la reapertura de la Real Academia de San Luis, el obispo auxiliar diría de él que había mostrado «su valor y extraordinaria pericia militar en la derrota de los ejércitos enemigos, su compasión en el socorro de los enfermos de los hospitales, su beneficencia en el mejoramiento de la casa de misericordia, su vigilancia en la manutención de la admirable tranquilidad de este gran pueblo, [...] y su religión en la libertad del culto y respeto a sus ministros»<sup>75</sup>.

---

<sup>71</sup> Para la idea de una cultura cambiante afrancesada, véase Juan PRO RUIZ: «Afrancesados: sobre las nacionalidades de las culturas políticas», en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 205-231.

<sup>72</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, p. 49.

<sup>73</sup> El componente providencial del mito de Napoleón fue ya puesto en evidencia por Jean TULARD: *Le mythe de Napoléon*, París, Armand Colin, 1971, pp. 36-37. Véase también Natalie PETITEAU: *Napoléon, de la mythologie à l'histoire*, París, Seuil, 2004, pp. 25-51.

<sup>74</sup> Véanse Pedro RÚJULA: «El mariscal Suchet. Guerra y memoria de las campañas napoleónicas en España», estudio introductorio a *Memorias del mariscal Suchet sobre sus campañas en España, 1808-1814*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. VII-LXXXII, y Maties RAMISA VERDAGUER: «La administración bonapartista», en Antonio MOLINER PRADA (ed.): *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, Nabla, 2007, pp. 353-384, pp. 378-380.

<sup>75</sup> Miguel SANTANDER: *Exhortaciones...*, pp. 105-106.

A su vez, el gobernador general de Aragón también quedó cautivado por la figura del obispo y, de hecho, recomendó a José I que le nombrara obispo de Huesca, continuando sus funciones en la capital aragonesa, ya que espera mucho «de su fe para restablecer el orden y terminar de someter Aragón a la obediencia debida a su majestad»<sup>76</sup>. Muchos años después, en sus *Memorias*, Suchet recordaría cómo su primer apoyo, por encima de otras autoridades civiles o militares, fue el obispo auxiliar de Zaragoza, «cuya elocuencia persuasiva alimentaba el espíritu de paz y de reconciliación»<sup>77</sup>.

En el fondo, esta triple exaltación de José I, Napoleón y Suchet evidencia la fragmentación del poder en la España ocupada<sup>78</sup>. Aunque en teoría el Estatuto de Bayona consagraba la autonomía del Estado español, los decretos napoleónicos de febrero de 1810 supusieron la creación de gobiernos particulares, prácticamente independientes de José I, al norte de la península (Cataluña, Aragón, Navarra y Vizcaya)<sup>79</sup>. Se establecía, así, un juego de lealtades, no necesariamente incompatibles, entre el gobernador, el rey y el emperador. No obstante, por encima de estas lealtades, parece que la apuesta de orden que suponía la monarquía josefina fue, en un primer momento, uno de los elementos clave a la hora de decantarse por la causa francesa.

## El exilio y la justificación de la monarquía

La derrota de José I en Vitoria en junio de 1813 obligó a Miguel de Santander y a un grupo de destacados josefinos a abando-

---

<sup>76</sup> Carta del Gobernador General de Aragón a José I, 17 de septiembre de 1809, ANP, Fonds Privés, Joseph Bonaparte, 381/AP/22, exp. 40.

<sup>77</sup> *Memorias del mariscal...*, p. 222.

<sup>78</sup> Un análisis de la representación de estos poderes en la *Gaceta de Zaragoza* en Frédéric DAUPHIN: «La gazette nationale de Saragosse. Entre collaboration et *Afrancesamiento*», *Annales historiques de la Révolution française*, 336 (2004), pp. 147-168.

<sup>79</sup> A estos gobiernos habría que añadir los distritos de Burgos, Valladolid y Valencia, donde Suchet también gobernó con una cierta autonomía. Para la separación administrativa, véanse Miguel ARTOLA: *Los afrancesados*, pp. 171-178, y Maties RAMISA VERDAGUER: «La administración...», pp. 363-364. Para la importancia de los gobernadores en la España ocupada, véase Maties RAMISA VERDAGUER: *Els catalans i el domini napoleònic (Catalunya vista pels oficials de l'exèrcit de Napoleó)*, Barcelona, Publicacions de l'abadia de Montserrat, 1995.

nar Zaragoza y cruzar los Pirineos por miedo a posibles represalias. Tras recorrer varias localidades del sur de Francia, el obispo auxiliar se instaló definitivamente en Bagnères. Allí renunció a todos los títulos adquiridos bajo el reinado de José I y realizó dos súplicas a Fernando VII para volver a España, sin obtener resultado alguno. Finalmente, se acogió a los decretos de amnistía de abril de 1820, retirándose a una localidad cercana a Santander, Santa Cruz de Iguña, donde permanecería retirado de la vida pública hasta su muerte en 1831<sup>80</sup>.

Tanto su exilio como la polémica que mantuvo con fray Manuel Martínez contribuyen a ilustrar el pensamiento de Miguel de Santander. En primer lugar, habría que destacar que el obispo auxiliar no tuvo ningún reparo para oficiar una misa por el retorno de Fernando VII en mayo de 1814 ni tampoco a la hora de celebrar, a su regreso, sendas ceremonias liberales en honor de los primeros mártires de la Libertad y San Fernando en 1820. Para él no había ninguna contradicción, ya que era más importante la fidelidad a las autoridades y a la institución monárquica que a las dinastías.

En este sentido se podría aducir el oportunismo político de un Miguel de Santander que, primero, querría volver a España y, luego, ganarse a las autoridades constitucionales. Sin embargo, este punto queda absolutamente descartado en la polémica que mantiene con fray Manuel Martínez, autor del furibundo ataque contra los afrancesados, *Famosos traidores refugiados en Francia* (1814). En su respuesta, *Apuntaciones para la apología formal* (1817), el obispo auxiliar continuaba defendiendo el sometimiento de los eclesiásticos a la autoridad civil y la supremacía de la forma monárquica sobre la dinastía que la regentara. En unas afirmaciones que no parecían muy convenientes para su regreso del exilio, criticaba a Manuel Martínez por atacar a José I, pidiendo respeto para la monarquía: «lo que suplico a usted no vuelva a decir es: llamar estúpido a José: trapacero, impostor y calumniador á Napoleón. Amado mío, es menester que usted entienda que los reyes son dignos de todo respeto, sea que hayan caído, sea cuando están de pie»<sup>81</sup>.

---

<sup>80</sup> Nicole ROCHAIX: «L'Église...», pp. 65 y ss.

<sup>81</sup> Citado en Manuel MARTÍNEZ: *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traidores refugiados en Francia*, Madrid, Imprenta Real, 1815, p. 35.

Este argumento cobraba más fuerza al constatar los numerosos cambios dinásticos que había vivido la Península Ibérica: «¿somos por ventura nosotros todavía celtíberos ó fenicios, como lo fuimos antes de ser cartagineses, romanos, vándalos, suevos, godos, árabes, asturianos, leoneses, aragoneses, castellanos, austriacos y últimamente franceses?»<sup>82</sup>.

Junto con la defensa de la monarquía, el principal elemento que justificó su decisión fue el respeto del culto religioso por parte de los franceses. El obispo auxiliar señalaba que, estando «imbuido en el error común de que los franceses eran feroces y no respetaban las personas ni las cosas sagradas, me admiré de una atención y miramiento tan distinguidos»<sup>83</sup>. Por ello, criticaba a los que hablaban de persecución religiosa: «nunca las procesiones y demás funciones públicas eclesiásticas se han celebrado con mas circunspección, asistencia y esplendor; sin que obste a esto la presencia de nuestros enemigos, ni su concurrencia personal. ¿Dónde existe, pues, esa persecución directa contra los Prelados? Yo no la encuentro sino en la imaginación de usted y en el ánimo acobardado de los obispos ausentes»<sup>84</sup>.

Así, al no considerar que hubiera una persecución religiosa, Miguel de Santander justificaba su decisión de quedarse en Zaragoza por la obligación de los obispos de no abandonar a sus fieles cuando la tribulación fuera común a pastores y rebaño<sup>85</sup>. Además, distinguía el asedio francés que llevó consigo la destrucción de edificios religiosos, llegando a culpar a los resistentes de lo ocurrido por defenderse allí, y la ocupación en la que se intentó restablecer el orden<sup>86</sup>. Asimismo, también responsabilizaba a los detenidos de su prisión sin importarles su grado ni su categoría social, «si algún sacerdote ha sido preso, dio motivo a ello con su injusta desobediencia»<sup>87</sup>. Todo ello le lleva a concluir que «llamar guerra de religión á una guerra de puro interés [...] es trastornar todos los principios del buen orden, y violar los preceptos más obvios del Evangelio»<sup>88</sup>.

---

<sup>82</sup> Miguel SANTANDER: *Apuntaciones para la apología...*, p. 224.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 198.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>85</sup> *Ibid.*, pp. 207-211.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 129.

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp. 199-200.

## Conclusiones

Tanto por su extraordinaria capacidad retórica como por la imagen de normalización que ofreció en una de las ciudades más castigadas por la guerra, Miguel de Santander fue clave en el proceso de legitimación e instalación de las autoridades francesas. A su vez, para el obispo auxiliar, el proyecto josefino de monarquía católica garantizaba el orden y el normal desarrollo del culto frente a la inestabilidad producida por la guerra y el vacío de poder. Si bien la posibilidad de reformar la Iglesia o el oportunismo desempeñaron un papel importante, la estabilidad monárquica y la posibilidad de continuar en sus puestos constituyeron los principales argumentos para aquellos eclesiásticos que apoyaron la causa josefina. Durante la Guerra de la Independencia, a pesar de las discrepancias que pudiera tener, la Iglesia permaneció asociada a las estrategias de legitimación del poder político, ya fuera éste liberal, absolutista o napoleónico.

A pesar de su compromiso con la nueva dinastía, la evolución de la guerra, su propia experiencia, las circunstancias locales y la progresiva fragmentación del poder en la España josefina modificarían la percepción del obispo auxiliar de la ocupación francesa. Así, aunque la imagen del rey continuara siendo relevante, Napoleón y la figura más cercana de Suchet irían adquiriendo cada vez más protagonismo dentro de los discursos de Miguel de Santander.

El exilio de los «afrancesados» y el anatema contrarrevolucionario no reforzaron su identidad de grupo como cabría pensar. Algunos, como Miguel de Santander o el pedagogo Francisco Amorós, defendieron valientemente su posición. Otros mantuvieron posturas «descaradamente adulatoras, como las de Sempere y Guarinos, Carnerero o el marqués de Caballero»<sup>89</sup>. En realidad, más allá de una experiencia compartida, «la ilusión de la existencia de un grupo coherente es en gran parte el fruto de la mirada de sus

---

<sup>89</sup> Juan LÓPEZ TABAR: «El rasgueo de la pluma. Afrancesados escritores (1814-1850)», en Christian DEMANGE *et al.*: *Sombras de Mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 3-20, p. 5.

adversarios»<sup>90</sup>. Así, si ya resulta complicado emplear categorías como «afrancesado» o «josefino» para definir una persona, todavía lo es más para definir un colectivo tan heterogéneo en la multitud de experiencias de la guerra y posguerra.

---

<sup>90</sup> Jean-Philippe LUIS: «El afrancesamiento...», p. 109.